

# EL LUGAR DE LAS REPRESENTACIONES DEL HOMBRE EN EL ACOMPAÑAMIENTO DE CATECÚMENOS

*Philippe Marxer<sup>1</sup>*

Acompañar a una persona en un camino de iniciación cristiana supone una percepción ajustada de las representaciones que su cultura pone a su disposición. Si miramos los siglos pasados, el hombre siempre se ha interrogado sobre quién es, y más exactamente sobre el misterio del que es beneficiario, a saber que nace, muere y da vida. Ser humano no sabría ser aprehendido de otro modo. ¿Qué representaciones se hace el hombre sobre lo que lo sobrepasa? La cuestión es tan importante ya que estas representaciones no se reducirían a lo que es visible del hombre y que, por el juego de las culturas y del tiempo, éstas no dejan de transformarse.

Frente a este misterio de la existencia que secretamente trabaja la humanidad desde los tiempos remotos, las religiones designaron y nombraron esta potencia que le llama a ser lo que no existe, lo que bendice a cada ser humano y le da una descendencia.

---

<sup>1</sup> Master en Teología. Director adjunto del Servicio Nacional de Catequesis y del Catecumenado de la Conferencia Episcopal de Francia y responsable del acompañamiento de las prácticas catecumenales, miembro del Comité local de Francia del III Congreso Internacional del Catecumenado.

Las tumbas más antiguas de la humanidad hasta testimonian una creencia en una vida después de la muerte ya que se encontraron allí cuerpos no sólo honrados y condecorados, pero también, en ciertos lugares, proveían alimento para él más allá de la vida terrestre. El cristianismo reconoce en Jesucristo al que “todo ha sido creado por él y para él” (Col 1,16). En cuanto a la fe en la resurrección, afirma la vida nueva dada aquí y ahora, y más allá de la vida terrestre. “Cristo ha resucitado de entre los muertos, primicias de los que murieron” (1 Cor 15,20). Pero si veinte siglos de cristiandad propagaron este mensaje, la cultura presente parece oponerse a eso particularmente en los países fuertemente laicizados. De un lado, hay una negativa fuerte con respecto a Dios hasta el punto que las corrientes de pensamiento imponen su visión del hombre señalándole lo que es bueno tener, hacer o pensar, y esto independientemente de toda referencia transcendental. Este fenómeno nos cuestiona: ¿el hombre todavía puede ser humano si ninguna desviación se cruza entre lo que el individuo es y lo que la sociedad intenta hacerle creer en cuanto a su humanidad? Por otra parte, hay numerosas personas que vienen a llamar a la puerta de la Iglesia porque están en búsqueda de Dios. El hecho de que Dios todavía da algo que esperar muestra bien que en las imágenes del hombre continúa habiendo una conciencia común y que se producen desplazamientos en lo que la humanidad dice sobre misma, particularmente con respecto a lo que quiere ser. Es por eso que en el acompañamiento propuesto a los candidatos que desean vivir cristianamente se debe tomar en consideración las representaciones que todo individuo y la sociedad desarrollan hoy. Por su fuerza o su recurrencia, estas representaciones van a oponerse al progreso de tipo catecumenal o a favorecerlo. Es ahí donde se juegan cuestiones que tocan a la vida espiritual de toda persona pero también a la pastoral que nuestras Iglesias conciben y tratan de promover.

## **El humanismo greco-latino**

Una de las primeras representaciones en las cuales el catecumenado se apoya hoy viene del humanismo grecolatino. Este humanismo subrayó en su tiempo la importancia de la naturaleza humana, es decir las cualidades que un ser humano debía poner en ejecución para hacerse como hombre. Esta noción de naturaleza humana es siempre actual. Es un resorte importante en el acompañamiento catecumenal. En nuestros países de vieja cristiandad, el hombre se vuelve humano en la medida en que sus aspiraciones más profundas se escriben con lo que Dios quiere. El contexto de nuestras sociedades a la vez seductoras y manipuladoras lleva a ayudar a las personas para que no se equivoquen en todos los atajos, incluso de perdición que se les proponen. El desafío es poder llevar su vida según el Espíritu, de orientarlo descubriendo la gracia que Dios da cada día. Un gran número de espiritualidades se mostraron efectivas en el curso de la historia y constituyen hoy una fuente a la cual muchas personas recurren.

## **Importancia de la cultura**

En un mundo en cambio, esta cuestión de las representaciones del hombre que sean sociales, religiosas u otras, pone también sobre la mesa la del estatuto de la cultura. Ya es en efecto ese regalo bien particular a través del cual todo hombre vive su relación con el mundo. El lenguaje juega un lugar primordial, pero también todas las imágenes recibidas de la sociedad que le sirven para pensar su relación con la existencia. Por ejemplo, las alegrías como las dificultades que el ser humano conoce día a día, por ejemplo, son llevadas por las culturas al punto que vienen a decir que en lo cotidiano merece o no ser vivido, que sentido dar a la vida y a la muerte. La cultura es en cierta manera una segunda piel presente que se olvida fácilmente. Tomemos la esfera numérica. Ésta facilita las relaciones humanas pero las condiciona tanto. Ciertos sociólogos observan que los hombres y las mujeres hablan cada vez más de “conectarse” o “desconectarse” cuando se trata de relaciones que hay que estable-

cer. Este lenguaje, nacido del mundo informático, no es anodino porque a fuerza de pensar “en redes”, la dimensión de compromiso en la relación se modifica. ¿Nuestros contemporáneos buscan verdaderamente relaciones sostenibles o se satisfacen con un compromiso superficial? La dimensión virtual no es pues sin impacto sobre nuestra manera de concebir la relación. Conexiones “no deseadas” se producen vía Internet y las redes sociales. “¿Son verdaderamente deseadas”? ¡Lo son cuando se vuelven innobles! Este cambio en el mismo diseño de la relación sumerge sus raíces en la manera de vivir la temporalidad. El fraccionamiento del tiempo al cual nuestra época somete a todo individuo tiene consecuencias sobre la gestión de su afectividad. Hasta podemos imaginar que el sentido de la vida se vea afectado. Sea éste hecho el objeto de una búsqueda, o sea recogido a medida que las experiencias, a medida que su autenticidad y a medida que la intensidad de las emociones que llevan. En fin, el hombre de hoy, deseoso de vivir algo siempre más satisfactorio, parece no querer tomar los medios. Prefiere una inversión menos absorbente que permite, a la imagen de la sociedad de consumo, “echar” lo que utiliza.

Es importante pues que la cultura no sea un estorbo, un marco poco establecido o estructurado para orientar la vida de cada uno. El ejemplo dado anteriormente hace entender lo bien fundado de esta observación. La autoridad de una cultura está en la palabra que hace posible, permitiendo a los hombres y a las mujeres dar un significado del nacimiento, de la muerte, del engendramiento o más generalmente de la vida que no sabría reducirse en el curso de los acontecimientos que lo componen. La conversión de un individuo se entiende cuando la cultura cristiana, que la consideró más o menos durante mucho tiempo como exterior, se hace su medio nutricional. Si se quisiera emplear el lenguaje teológico, habría que decir que la cultura, cuando se interioriza, da a la carne algo para estar habitada por el Espíritu. Y es por eso que es posible hablar de “conversión” y reparar que se produce prioritariamente en las representaciones que un individuo hace en sí

mismo. Éstas, en efecto, cambian de estatuto: pasan de una exterioridad a una interioridad, de un estadio o de un momento cuando los proyectos parecen vanos a donde la vida se abre a un nuevo futuro.

### **La conversión**

Este paso es difícil de describir por un informe que trataría de describir el proceso. El “cómo” es propio de cada uno y no se sabría teorizar. Pero, en la lista que crece a cambiar, a “avanzar en su vida”, las representaciones aparecen bien como las mediaciones por las cuales el hombre expresa sus deseos. Esto puede sólo hacer redoblar la atención porque, hoy más que ayer, la unificación de la persona es primordial. Es el desafío de todo acompañamiento. Se trata de descifrar el trabajo del Espíritu sabiendo que la conversión no es una sustitución pura y simple de un sistema de representaciones por otra. El hombre no deja lo que le encierra o no le permite más proyectarse para un imaginario, totalmente nuevo, que le haría vivir. A decir verdad, no hay ninguna sustitución que le va a permitir a la vida desplegarse y el ser fecundo se va a jugar a través de estas representaciones.

Este movimiento puede interrogar dando esperanza que cuanto más el hombre se acerque a la verdad, menos necesitará recurrir a representaciones. No se va así. Pero esto no es para que el hombre sea condenado a errar representaciones a la espera de encontrar a las que le permitirán, un día, cumplirse plenamente. El trabajo del acompañamiento precisamente es el de una educación no más exterior, bajo la forma de deberes que hay que cumplir, sino interior que permite llevar su vida reconociendo y nombrando los efectos que estas representaciones desarrollan. Así es como una persona encontrará más fácilmente y más serenamente su sitio en el seno de la Iglesia o en el seno de la sociedad, descubriendo las virtudes de paciencia, de amor, de caridad, de humildad, etc. que le hacen vivir.

## **Educar en la libertad**

Una urgencia sale a la luz desde hace tiempo: es necesario educar en la libertad. Esta aspiración que todo hombre lleva fue objeto de numerosos desarrollos hasta el punto de perturbar la misma dinámica de la evangelización. En Francia, por citar sólo, los debates recientes de la sociedad muestran hasta qué punto esta dimensión es sensible. Un cierto catolicismo lleva una atención en la educación en libertad combinándolo con una voluntad de edificar una sociedad católica. Se trata prioritariamente de organizar la inscripción social de la fe. Muy concretamente, esto significa que hay unos deberes que hay que observar hacia Dios de la misma manera que hay unos deberes fijados por la sociedad que necesitan ser cumplidos. Por lo tanto desde este principio, esta educación a la libertad viene de allí para invertir la propuesta según la cual es posible llevar la vida según el Espíritu de Dios. En efecto, una libertad que se educa principalmente por el juego de los deberes que hay que cumplir pone como primer fin que sea encontrado su sitio en Iglesia y en la sociedad para hallarse en situación de discernir la manera que el Espíritu guía a cada uno. El camino propuesto es más moral inmediatamente. Al contrario, la espiritualidad muestra que encontrar su sitio en la Iglesia y la sociedad no es un punto de partida necesario sino un fruto. Su manera de proceder llama al discernimiento, a partir de las mociones que una persona puede sentir con arreglo a los acontecimientos vividos en unión con la Palabra de Dios. En realidad, todo es cuestión de sitio en la Iglesia y en la sociedad. Esta tensión entre una educación moral y un camino de escucha espiritual se orienta bastante fácilmente entre los acompañantes y consecuentemente, en el acompañamiento que prodigan. O éstos animan una piedad cierta, acogen con alegría las formas de devoción popular o no. O para ellos, la Iglesia promulga preceptos morales que hay que comprender y poner en práctica a diario. El acompañamiento catecumenal propuesto se encuentra compartido en una forma que sabe reconocer la sensibilidad que habita al catecúmeno, que no tiene miedo de la afectividad que alimenta la oración, etc. y una enseñanza donde los movimien-

tos interiores no son primordiales, donde la vida mística no tiene que tener la delantera de la escena ya que la enseñanza purificará las pasiones que el corazón expresa. Detrás de la denominación “acompañante” se esconden dos caras muy diferentes, pero sobre todo dos representaciones muy diferentes de hombre. Una hace referencia a su sensibilidad, a su afectividad que es un reflejo de las pasiones que lo habitan y sobre las que un discernimiento tiene que llevar para que no actúen de manera destructora; el otro pone el énfasis en su razón con el fin de poder llevar rectamente su existencia. La libertad del hombre se afirma bien en ambas posiciones, pero el enfoque de la salvación difiere según los medios tomados para concordar con los preceptos de la Iglesia. Estas representaciones del hombre, de su salvación, de la sacramentalidad propuesta por la Iglesia provocan una visión del hombre que puede, en su caso, articular su vida moral con su vida espiritual, en otro caso disociarlas completamente.